

LIBROS

"Por el Imperio hacia Dios", de Rafael Abella

La gran ventaja de la realidad sobre la ficción estriba en que la última necesita aparentar verosimilitud para ser creída mientras la primera puede permitirse el lujo de parecer inverosímil. Lo que en una novela rechazaríamos como absurdo y disparatado tenemos que admitirlo en la Historia, convencidos de que por encima de su falta de lógica no sólo pudo ser, sino que fue real y verdaderamente. Incluso cuando los hechos resultan tan sorprendentes que los mismos que los vivieron y padecieron se sienten a veces tentados a considerarlos fruto exclusivo de una imaginación calenturienta.

Algo de esto sucede a la mayoría de los españoles actuales con lo acaecido en nuestro país durante los dieciséis primeros años de la prolongada dictadura franquista. Y no sólo por lo insólito de cuanto entonces ocurre en la vida pública nacional, sino también por el lenguaje utilizado para contarlos, lenguaje que revela una mentalidad tan distanciada de la nuestra como si procediera de habitantes de una remota galaxia.

Contra lo que muchos pudieran pensar al leerla, *Por el Imperio hacia Dios* (Planeta) no es un relato de ciencia-ficción, sino la crónica exacta y puntual de nuestra dolorosa posguerra. Su autor, Rafael Abella, no inventa ni falsea nada, ni desorbita los hechos ni deja volar su fantasía imaginando desastrosos, barbaries o simples incongruencias. Se limita a recorrer el largo camino entre 1939 y 1954 a través de hemerotecas e bibliotecas, reflejando en un espejo cuanto entonces se hizo, se dijo y se escribió. Con un exquisito cuidado de imparcialidad renuncia a comentar los hechos que narra e incluso procura contarlos en los términos exactos en que trascendieron al público a través de discursos y disposiciones oficiales, noticias e informaciones periodísticas, documentos fehacientes y declaraciones de los propios protagonistas.

El resultado es un libro increíble, reflejo exacto de una España esperpéntica como no fuera capaz de imaginaria ni el mismo Valle-Inclán. A uno que, como a todos los hombres de su tiempo, le tocó vivir esta patética etapa de nuestra vida nacional, le gustaría pensar que na-



Rafael Abella.

da de esto fue cierto, que cuanto aquí se cuenta no pasa de ser una siniestra pesadilla. Por desgracia le consta de una manera fehaciente que fue verdad en todas sus partes y que las consecuencias de aquellos años los seguimos pagando todos en este largo y difícil tránsito hacia una normalidad ciudadana que no guarde el menor parecido con las delirantes situaciones que Rafael Abella recoge en su impresionante relato.

Por el Imperio hacia Dios es la historia patética de una etapa de nuestra vida nacional reciente desconocida para una mayoría, ya sea por la falta de información veraz en el momento de producirse los hechos o por el comprensible afán de olvidar cuanto antes los sufrimientos pasados. Como hiciera en sus anteriores libros sobre la vida cotidiana durante la guerra civil en ambas zonas en que la contienda dividió a España, Rafael Abella se acerca a la patética existencia de unos españoles sumidos en un grotesco triunfalismo en tanto que la vida del país, sometida a la tiranía del mercado negro y de las privaciones, caía en las simas de la miseria. Es un cuadro alucinante y aleccionador para cuantos desean vivir en un régimen de libertados en que no sea posible nada de lo que en esta obra se cuenta.

Si cuanto Rafael Abella dice sobre la represión que sigue al final de las hostilidades —los juicios en que la simple denuncia se considera prueba suficiente y en que se penan como delito conductas que eran perfectamente lícitas en el momento de producirse— impresiona por su magnitud y generalidad, aunque fuera conocido, al lector normal y corriente habrá de sorprenderle cien veces más todo lo relacionado con las restricciones y racionamientos, prolongados durante años y años, como su inevitable consecuencia del mercado negro y el estraperlismo tolerado cuando

no protegido desde el poder mismo. También el decidido apoyo moral y material a las potencias fascistas durante la segunda guerra mundial, para cambiar por completo a verlas derrotadas contra todas las previsiones oficiales. Increíble parece también la actitud oficial de la Iglesia católica en apoyo incondicional del franquismo con los discursos del cardenal Herrera Oria y el juramento de los obispos. Pero acaso lo más asombroso de toda la historia sean las maniobras y habilidades de Franco para mantener su poder personal, utilizando a unos y eliminando a otros de sus amigos y aliados, según sus momentáneas conveniencias.

Por el Imperio hacia Dios es un libro que todos los españoles deberían conocer para que no pudiera repetirse nada de lo mucho que nos cuenta Rafael Abella. Que parece increíble, desde luego; pero que, desgraciadamente, fue verdad. ■ E. GUZMAN.

Las nuevas pintadas

Cuando estábamos en plena moda semiológica, como hoy lo estamos —¿lo estamos ya?— en la del discurso sobre el poder, una revista especializada dedicó un artículo a las pintadas. En él, después de hablar de todo tipo de temas y remitirse a toda suerte de estadísticas, el autor llegaba a la interesante conclusión de que la abundancia de pintadas estaba en función directa de la ausencia de otros canales de expresión. A lo que añadía otro original descubrimiento: las pintadas proliferaban en las zonas poco vigiladas del extrarradio y en los subterráneos.

Llegó, mientras tanto, la democracia, y las pintadas, lejos de desaparecer, aumentaron. Y cubrieron las paredes de los interminables túneles del Metro hasta el punto de afectar seriamente a la sensibilidad estética y al profundo sentido de civismo del señor ministro de

Transportes el día en que, plebeyamente y de incógnito, tal y como nos lo mostraron todos los periódicos, utilizó ese popular medio de transporte.

Si con el 15 de abril comenzaron a llover las pintadas, lo realmente novedoso del fenómeno es el signo político de un número creciente de ellas. Así nunca se habían visto tantas svásticas, voz sánscrita que, según el diccionario, significa "vida feliz". Y junto al símbolo nacionalsocialista, que fue originariamente un símbolo religioso y también sexual de la India, y al que nadie podrá dejar de reconocer una siniestra elegancia, ese horrible pastiche icónico que es el "vitor" de Franco.

Pero están sobre todo las leyendas que abundan en los barrios "de derechas" y que no deben herir la susceptibilidad de sus habitantes, puesto que nadie se molesta tan siquiera en tacharlas. Leyendas con olor a horno crematorio como la siguiente: "Necesito judío para hacer jabón". Y su inevitable variante: "Necesito rojo para ídem". Y, justo debajo: "Es difícil hacer jabón con la mierda".

Otras, de igual signo político, tienen como blanco al propio motor auxiliar del cambio, según la versión oficial: "Suárez, traidor, cantaste el 'Cara al sol'". "Slogan" especialmente eficaz porque no admite réplica. Que es, como dice Olivier Reboul (1), la característica de un buen "slogan". La única arma que puede servir en estos casos es la parodia, el ridículo. Que es lo que ha hecho alguien con el "slogan" anterior: "Suárez, traidor, bailaste el 'rock n' roll'". El globo queda así inmediatamente desinflado.

Otras veces, sin embargo, la ironía está implícita en el propio "slogan" y contestar se vuelve mucho más difícil, si no

(1) Olivier Reboul: *El poder del "slogan"*. Traducción: Antonio Carrasco. Edit. Fernando Torres. Se trata de un excelente análisis de las modalidades y funciones del "slogan", precedido por un interesante estudio de Pedro Semper sobre las campañas publicitarias de los partidos políticos en las elecciones del 15 de junio.

